

CAPITULO XVIII.

Inferese de quanto se ha demostrado la unidad de Dios, simplicissima en tantos atributos suyos diversos.

Dos especies de ceguedad pueden temer los ojos: una, con que no vean lo que son las cosas: otra, con que vean lo que no son. Y veis aqui, que concurren estas dos enfermedades á ofuscar el entendimiento del hombre. Hay quien no ve el Sol de la Divinidad, y hay quien ve mas de un Sol, adorando como manantiales de luz á los que ni aun son albores, sino nubes totalmente oscuras. Por eso nosotros, que hasta ahora habemos afeado á los Arceistas la primera ceguedad de no conocer la Divinidad reynante, es menester que ahora afeemos á los Idólatras la otra, que es el reconocer muchas; principalmente juzgándose por reo de maldad no desemejante, quien se atreve á echar á su Monarca del Solio, que quien se atreve á darle en él compañero. Y no tendremos que detenernos mucho en ilustrar tan noble verdad; pues quan ciertos estamos de que tenemos Señor en el Cielo, tan ciertos estamos de que no tenemos mas de uno: *Dios si no es unico, no es (1)*. Vémoslo, probando tres proposiciones: que la grandeza de Dios requiere por sí misma esta unidad; que la quieren en su Magstad todas las criaturas: y que tambien nos la predicán todas á una voz.

§. I.

Discretamente nos avisó Tertuliano, que qualquiera que desea entender si se halla mas de un Dios solo, pregunte ántes, qué cosa es Dios: *Para saber que Dios debe ser uno, pregunta qué es Dios* (2). Ya vimos

(1) *Tert. in Marci. l. 1. c. 23.* (2) *Tert. l. c.*

mos arriba, como por Dios se significa aquel Sumo Bien suficiente para sí mismo, que recoge en sí qualquier bien posible, como plenitud de perfeccion: y esto supuesto, no se puede dudar que es solo.

Porque representaos al pensamiento éste imposible, que se hallasen muchos Dioses: por qué camino se debiera distinguir uno de otro? Por el camino de alguna perfeccion diversa que hubiere en ellos, ó por el de alguna imperfeccion? Por el camino de alguna imperfeccion no es posible, porque el Bien Sumo debe estar muy exento de todo defecto. Fuera, pues, menester, que se distinguieran á fuerza de perfecciones: mas cómo, si el Bien Sumo no puede dexar de encerrarlas todas? Ninguno de ellos en ese caso fuera Dios; pues á cada uno le faltara aquella prenda que fuera propia y precisa de su consorte. Luego Dios no puede ser mas de uno: *Verdaderamente ninguno es Sumo Bien, sino el que es uno con fuerzas llenas* (1).

Ademas, quién no ve que el Sér Supremo de todos los entes posibles, sin igual, sin equivalente, es seguramente una alabanza la mas respetable que se halla? Luego no se le puede quitar á Dios, á quien le convienen todas la preeminencias. Una joya única en el mundo, quánta estimacion tiene! Una flor única! Una fruta única! Un libro único! Hasta los hijos quedan recomendados por esta prenda, y mas quizá que por qualquiera otra, porque los hacen en su género sin igual.

Fuera de que, ó esta pluralidad fuera desagradable á cada Dios, y se siguiera, que qualquiera de ellos fuera infeliz, pues debiera entre sus contentos tragarse esta amargura por tener compañero, sin poderla jamas digerir; ó no le fuera desagradable, y se siguiera, que qualquiera de ellos fuera insensato, pues no sin-

Parte I.

T

tie-

(1) *Proud.*

tiera un defecto igualmente inevitable é interminable, que solo le pudiera dar confusion: tanto mas que de las injurias que sufre Dios cada día de los pecadores, puede sacar alguna gloria que las compense. Pero qué gloria pudiera sacar un Dios de las pérdidas que padeciera por otro en la monarquía? No se pudieran recompensar de su género. Luego lo mismo es querer multiplicar la Divinidad, que querer anularla.

§. II.

Esta unidad de su Hacedor tlese de acuerdo todas las cosas. Qué seria del Género Humano, si tuviera por desgracia mas que un Señor? Tendríamos mas que un Príncipe que reconocer, y mas que un fin. Decidme, pues, adonde nos volveríamos entonces, antes, y adonde despues: á qual elegiríamos servir? á qual despreciar? á qual sufrir? á qual sacudir? Como una nave combatida de muchos vientos, igualmente valientes, no sabe á qual de ellos seguir, y qual romper; así nuestro corazon, combatido de fuerzas igualmente poderosas, no supiera á quales inclinarse; mas incierto, dudoso, fluctuante, agitado, tuviera por mejor la condicion de quien no se apartó jamas de la ribera, viniendo á vivir. Ni os serviría en tal caso portaros bien con todos, porque las voluntades de aquellos Dioses, como libres, ó estuvieran discordes entre sí, ó lo pudieran estar. Y en tal discordia, qué fuera la confusion que tuvieramos nosotros, pobres de partido igual á la necesidad? Fuera de que, aunque fuera posible el portarse bien con todos, siguiendo sus voluntades, de todos modos nuestro corazon, como rio dividido en varios riachuelos, corriera siempre mas flaco; y no pudiera con todo el impetu del espíritu portarse, como es necesario, para amar al último fin sobre todas las cosas.

Los mismos desordenes sucedieran en lo demás de todo el orden natural. Primeramente el Universo fue-

fuera en sí monstruoso, como fuera monstruoso todo animal que tuviera muchas cabezas. Y no pudieran esas cabezas ordenarse en una establecida República de Grandes para gobernar de acuerdo: pues bien pueden en una República semejante unirse los hombres, conviniendo en un fin común: mas muchos Dioses no se pueden unir, teniéndose cada uno de ellos por fin á sí. De donde la administracion de la naturaleza no se distinguiera de un caos de confusion, odioso sumamente á las cosas que ella produjo: *Los entes no quieren ser gobernados mal*, dice el Filosofo: *no es buena la multitud de los Principados: luego hay un Príncipe* (1).

Despues quien no sabe que qualquiera multitud, quanto mas se va reduciendo á la unidad, tanto tiene mas de perfecta en su género? Un ejército, quanto está mas cerrado, tanto es mas fuerte: una música, quanto es mas consonante, tanto es mas armoniosa: una conversacion, quanto es mas concorde, tanto es mas alegre: un exercicio de remar, quanto es mas de todos los galeotes á un tiempo, tanto es mas acelerado. Mas el reducir la multitud á la unidad, mucho mas conatural es de uno que de muchos. Qué duda hay, pues, de que el gobierno del mundo está mejor en uno (2)?

§. III.

Por último, no sola el Ser de Dios requiere esta unidad de principio, no solo la descan todas las criaturas, mas tambien todas las criaturas á una voz la descubren; así las que se mueven por su alvedrio, como las que son movidas: y si queremos hablar en primer lugar de las segundas.

Aquella hermostura admirable que consideramos

T 2

lar-

(1) *Arist. Metaphys. lib. 12. (2) S. Thom. 1. p. q. 11. art. 3. in corp.*

largamente en las partes del Universo, aquella disposición, aquel undido, aquel orden, aquella constancia perpetua en el obrar, le declaran muy altamente al corazon, que no puede tan grande obra provenir de otro, que de una Causa infinitamente perfecta. De otra manera, si estuviera estropeada en sí la madre, como pudiera dar siempre á luz tan hermosos hijos? Ahora, qué mayor estropeo se pudiera figurar en esta primera Causa, que estar constituida de un modo necio? Y de tan torpe modo estuviera constituida, si consistiera en muchos Dioses. Quereis que os lo demuestre? Es cierto que cada uno de tales Dioses, como sufficientísimos para todos los bienes para sí y para otros, hiciera á todos sus compañeros totalmente superfluos: de donde la union de muchas Divinidades qué fuera (1)? No fuera una coligacion de perfecciones, mas un monton casual de partes no importantes, del qual es propio el ser inepto, desordenado, y sin designio. Quién podrá jamas creer, que si el mundo (que finalmente tiene un sér criado) subsiste sin embargo en una razon perfectísima, el sér increado que se tiene por razon y aun por necesidad solamente á sí mismo, subsiste tan locamente en lo que es contra todas las reglas de la razon; esto es, en lo superfluo, tan aborrecido de la naturaleza misma, que por todo lo demas no hace otra cosa que rechazarlo y rebatirlo? Advertid, pues, lo que sucediera entre aquellos muchos Dioses, si de hecho se halláran: cada uno fuera mas contentible para otro que una hormiga, porque una hormiga es inútil para Dios, pero no superflua; pues Dios puede ser útil para la hormiga, y de hecho lo es, amándola por esto tambien, como capaz de tener de su Magestad la vida, el alimento, y los placeres que le son convenientes. Mas entre aquellos

Dio-

(1) *Ant. Perex, de Deo, d. 1. c. 4.*

Dioses no así: ni uno le pudiera traer á otro algun provecho, pues todos fueran sufficientes para sí mismos; ni uno lo pudiera recibir de otro: de donde si entre ellos fuera posible algun comercio, no hicieran mas que despreciarse uno á otro, como Números de sobra. Y podeis ver mayor desorden? *Lo suficiente es tambien uno*, dice Aristóteles (1). Dad vueltas al rededor por todo el orden natural: no hallaréis, que en lo que en su género es suficiente sea mas que uno: por eso al hombre se le determinó un corazon solo, un cerebro solo; un cuello solo, porque uno basta para su fin. Y quereis que Dios sea mas de uno, que es el sufficientísimo?

Ni me opongais, que al inconveniente ahora dicho debemos responder nosotros tambien: pues admitimos tres Personas Divinas, todas sufficientísimas para sí mismas, no habiendo alguna entre todas tres que no sea Dios, y sin embargo no admitimos alguna superfluidad entre ellas, ni alguna indigencia. La disparidad es manifesta. Las tres Personas son tres Personas: así es; mas un solo Dios, que por eso en ellas la substancia es una sola, no estando la suficiencia de los bienes que poseen fundada en las personalidades, mas fundada en la naturaleza, que es única en todas. No sucediera así en muchos Dioses: éstos serian cada uno de por sí Dios diverso, Dios diferente: de otra manera es cierto que ya no fueran: de donde así como cada uno de por sí fuera suficiente para formar un Dios, aunque faltasen todos los otros, así tambien á la verdad cada uno fuera para los otros superfluo, y los hiciera superfluos.

Y notad lo peor: cada uno sin embargo tuviera al mismo tiempo extrema necesidad de los otros; pues ninguno pudiera ser sin los otros, aunque no

fue-

(1) *Arist. 8. Phys. text. 48.*

fuera con los otros una esencia sola. Veis aquí, pues, entre muchos Dioses esta mas monstruosa contradiccion, que mutuamente fueran bienes juntamente necesarios y superfluos: superfluos, porque cada uno se bastara á sí por sí solo: necesarios, porque ninguno pudiera desecharse á otro, como á Dios, que estuviera de mas: de donde aconteciera este eminente despropósito, que la suma superfluidad que se puede imaginar fuera tambien la suma necesidad. Vayan léjos de nosotros tales locuras. Nosotros los Christianos entendemos lo que es Dios, y por eso estamos contentos con uno: los Idólatras no lo entendian, y por eso admitian innumerables: *Dios, si no es uno, no es.*

Mas aun los Idólatras mismos en los casos repentinos daban á ver, lo que notó Tertuliano con agudeza; esto es, que el hombre por su naturaleza es Christiano, no Idólatra. De aquí es, que no solo cogidos de un desprevenido peligro, en vez de volver los ojos, con ademanes de quien suplica, al Capitolio, pidiendo amparo, los levantaban al Cielo, como lo habemos ya observado: pero ademas de eso, en el mismo panteon, domicilio de todos los Dioses falsos, si habian de aseverar una cosa, protestar, prometer, amenazar, decian: Dios sabe, Dios ve, Dios quiete, Dios me castigue, llamando por su Juez á un solo Dios, en la misma ocasion en que todos al rededor sacrificaban á tantos. *O testimonio del alma naturalmente christiana* (1) ! gritó por eso Tertuliano con gran razon; pues todas las criaturas, tambien las libres, y no solo las que se rigen por solo instinto tienen en sí viva esta grande verdad, que notaron juntamente Lactancio (2), Anastasio, Arnobio (3), Cypriano, que la Causa primera es una

so-

(1) Tert. in Apol. cap. ix. (2) Lact. lib. 2. cap. x. Athanas. contra Idolol. (3) Arnob. lib. 2. Cypri. de Idolol. vanit.

sola. Y no es maravilla: como es perfectísima en el obrar; así es menester que sea tambien perfectísima en el sér, que es la norma del obrar; y si es perfectísima, luego es una, porque es como le está mejor el ser.

Verdad es, que quando se dice que Dios es uno, no habeis de imaginar que es uno, del modo que es uno el Sol en la realidad, y que se juzga una Fenix por fabula, porque el Sol de hecho es único; mas sin embargo le pudiera multiplicar el Criador en tantos quantas son las estrellas, haciéndole el corazon de otros tantos Universos, que se le diesen para que los vivificase. Del mismo modo, quando fuera única la Fenix, se pudiera presto ver multiplicada no ménos que todas las otras aves; porque ni el Sol ni la Fenix tienen la unidad por esencia, como la tiene Dios (1), que no puede ser mas que el uno que es, tanto, que quererle multiplicar es lo mismo que quererle destruir: *La multitud de Números es nulidad de Números* (2). Queda, pues, firme que Dios; no solamente es único, mas es el mismo uno, como lo conoció Trismegisto: *El mismo uno;* y en esta su propia, pura y unísimas unidad, como en un abismo sin suelo, contiene en acto todas las perfecciones posibles. Mas porque nosotros, á manera de abstruces, tanto batimos las alas por el ayre, quanto ponemos al mismo tiempo los pies sobre la tierra; esto es, tanto conocemos de las cosas divinas, quanto nos las representan las imágenes tomadas de los objetos corpóreos, por eso nos figuramos lo infinito al modo de las cosas finitas, y sin advertirlo venimos á retratar al Sol con un tizon. De aquí nace la distincion que hacemos en esta simplicísima esencia de un número grande de atributos, de propiedades y de excelencias que la acompañan, aunque

10-

(1) S. Thom. 1. p. 2. art. 4. (2) Athanas. de Idolol.

todos los atributos, todas las propiedades y todas las excelencias no son mas que un solo bien, que los contiene á todos por eminencia. Llamamos al mar ya Océano, ya Mayor, ya Mediterráneo, ya Adriático, ya Icario, ya Jonio, ya Caspio, ya Boreal, ya Báltico, ya Británico, ya Pacífico, ya Gético, ya Helado, ya Bermejo; y sin embargo es toda una agua: así con alguna proporción podemos decir que nombramos á Dios ya justo, ya misericordioso, ya ayrado, ya aplacado, ya adverso, ya propicio, ya operante, ya quieto, aunque la idea que debemos formar es de un Sumo Sér indivisible, en el qual á la verdad no se distingue una perfeccion de otra; mas aquella esenia misma que es justicia, aquella es misericordia; aquella que es poder, aquella es sabiduría; aquella que es providencia, aquella es santidad; aquella que es inmensidad para ocupar todos los espacios posibles, aquella es eternidad para encerrar todas las duraciones. Y la razon de tanta simplicidad es de la misma suerte, porque qualquier compuesto tiene su causa (1); no pudiéndose partes diversas amar en un todo, principalmente no casual, mas sabio, sin causa que las aune, que entienda la conveniencia que tienen aquellas partes entre sí para hacer liga unas con otras. Mas á Dios no se le puede señalar causa de alguna forma, siendo su Magestad la Causa primera: luego tampoco en Dios se puede hallar composicion. Su Magestad es por sí luego posee tambien un sér simplicísimo, que contiene todos los grados de perfeccion, mas de perfeccion no mezclada de imperfeccion, como la luz, que tiene en sí qualquier grado posible de color, sin el opaco.

Y siendo esto así, no nos debemos tampoco maravillar de que sobre la tierra no podamos jamas con-

(1) *S. Thom. contra Gent. lib. 1. cap. 18. n. 4.*

nocer á Dios dignamente, ó á lo ménos adecuadamente. Para conocer á Dios de este modo fuera menester conocer al bien en sí; mas esto nunca fué posible, donde todos los bienes que se miran estan limitados dentro de alguna especie de bien, y no son todo el bien: *Es buena la casa, buenos los animales, bueno el ayre...* decia el grande Agustin. *Es bueno esto, y es bueno aquello: quita esto, y quita aquello, y ve al mismo bien, si puedes: de esa manera verás á Dios, no bueno con otro bien, mas el bien de todos los bienes (1).*

CAPITULO XIX.

Demuéstrase que en Dios hay providencia de las obras humanas.

El que hay Dios en el mundo es una verdad tan sonora, que penetra las orejas de la misma obstinacion, que son las mas cerradas. Quantas criaturas, tantas voces, las que ya cada una de por sí, ya todas en un coro lleno nos hacen manifesto á aquel Maestro eminente, que desde el principio dió las leyes de tan agradable armonía, y que cada instante las está conservando con su brazo: *De todas partes resuenan todas las cosas, que Vos sois su Criador*, dice Agustin (2). Raros, pues, son aquellos áspides, que pueden maliciosamente hacerse sordos por sí mismos á tantas voces, de suerte, que sin oír los reclamos altísimos y continuadísimos que tienen al rededor, pronuncian en la sala de su corazon con el voto secreto de todas las pasiones rebeldes aquella sentencia, que habemos declarado ya tantas veces por detestable: *No hay Dios*. Aquellos mismos que á su ciego entendimiento le dan por guía mas ciega su vo-

Part. I. V lun-

(1) *De Trinit. lib. 3. cap. 3. (2) Aug. in Psalm. 26. (3)*

luntad, parece que nunca pueden llegar mas adelante en la maldad, que quando llegan á negarle á su Dios, no el ser, sino la Providencia; imitando á aquellos malcontentos, que para dar mejor color á sus tumultos, protestan á boca llena, que no empujan las armas contra su Príncipe retirado en su retrete, sino contra el mal gobierno: *Qué sabe Dios?* dicen. *Está metido dentro de las nubes, y no considera lo que sucede dentro de nosotros* (1).

Aquí, pues, se hacen mas fuertes los Ateistas. Consienteale á Dios el que se esté ocioso dentro de su Palacio Real; pero le niegan el pensamiento de las cosas humanas; de suerte, que quando tenga gana de gobernar, quieren que le baste el gobierno natural del mundo (qual fuera puntualmente para un Príncipe el gobierno de sus jardines ó de sus galerías), para que el civil quede todo en la mano de la fortuna. Y no le faltan á esta injustísima división sus colores: el no tener ya la virtud entre los hombres estimacion alguna mas que la de su raridad quando mucho; el tener todo el séquito universal el vicio, y el distribuirse sin embargo tan á ciegas las penas y los premios, que parece ultrage, y no obsequio, juzgar que es Dios su Distribuidor. De aquí pasando del gobierno al Gobernador: si suponemos (prosiguen aun hablando) á Dios enamorado tan altamente de sí mismo, para qué se ha de fingir despues que le agrada, ó ensuciarse el entendimiento con el pensamiento de nuestras baxísimas operaciones, ó enturbiarse la felicidad con el cuidado de los que las excitan? *Es materia de risa el que tenga cuidado de las cosas humanas; esto es, que es Suma, sea lo que fuere. Por ventura creeríamos ó dudáramos, que no se mancha con tan tristes y tantos ministerios* (2)? Qué Monarca se dignó jamas de apli-

(1) Job. 21. (2) Plin. lib. 3. cap. 7.

carse á lo que sucede en las cabañas de los pastores, y aun hasta lo que se trata en las madrigueras de los topos, ú en los conventiculos de los tábanos? Y nosotros, que respecto de Dios somos tanto ménos que aquellos miserables animalillos, en comparacion de un Alexandro, seremos ó fan estóldos, ó tan soberbios, que nos figuremos á este gran Numen solícito á qualquiera hora de nuestros hechos? Tanto mas, que si reside en su Magestad el manantial mismo de todos los bienes, nada le añaden nuestros obsequios, nada le disminuyen nuestras transgresiones. De donde, para qué reputar, que desea nuestras virtudes, y disgusta de nuestros vicios? El Sol no se altera, ni por las nieblas de los montes, ni por el despejo de los mismos: mas prosigue con qualquier tiempo su carrera tranquilísimamente sobre sus cumbres.

Veis aquí la última retirada de los Ateistas. Es necesario, pues echarlos por fuerza aun de este recinto, hasta arrebatárles de la mano aquella bandera en que, como aquel impío capitán, llevan escrito un hermoso mote debaxo de una abominable explicacion: *El Cielo para el Señor del Cielo: mas la tierra la dió á los hijos de los hombres.* Quedese el Cielo para el Señor del Cielo, con tal que nos dexé en nuestro albedrío la tierra.

Ahora para comenzar por las oposiciones que asaltan al Gobernador: si como entre los antiguos Fenicios hubo quien llegó á tal estupidez, que adoró por Dios hasta una piedra quadrada; así, si hubiera al presente quien llegara á lo mismo, se le pudiera perdonar la grande locura de creer que su Dios no cuidaba de los hechos humanos (1). Mas siendo Dios un Sér tan perfecto, que no se puede imaginar otro mas laudable, ó mas cabal, cómo se le puede negar la providencia, prenda tan necesaria, sin destruirle? Ve-

(1) Arnob. contra gentes, l. 5.

mosio claramente, discurriendo, como es costumbre, por aquellos tres Divinos atributos, á que se reducen todos los otros de sumo poder, de sumo saber, y de suma bondad: pues todos tres se los quita de repente á Dios, quica le quita á su Magestad la providencia (1).

§. I.

Y por lo que pertenece al poder, lo que mas se considera en los Monarcas es la jurisdiccion; esto es, la fuerza de dar leyes á los pueblos, galardonando á quien las observa entre ellos mas atentamente, y castigando á quien las quebranta. Ahora, cómo se ha de negar este poder al Monarca Máximo, que es el del Cielo, de cuyos decretos toman al fin todo su vigor, todas las leyes que se promulgan en la tierra? El finir que este Señor soberano no tiene providencia mas que del mantenimiento de la naturaleza, es hacerle, quando mas, Mayordomo en el grande palacio del Universo; mas no es hacerle Príncipe, á quien propiamente pertenezca el mandar á los Grandes de su Reyno. Y de hecho experimentamos dentro de nosotros mismos, que su Magestad es verdaderamente Legislador. Porque de quien otro son voces los remordimientos de la conciencia que sentimos despues de qualquiera accion mal hecha, mas que de un intimo lugar-Teniente de Dios que comienza el juicio, demostrándole al reo, que le ha cogido en el delito; y de donde se sigue, que aun quando todas las leyes humanas perdonan al delinquente, no le perdona su corazon propio, haciéndole notorio que se escriben luego al instante en el Cielo las culpas que comete en la tierra?

Cuán indigno, pues, es de la Divina naturaleza aquel concepto que forman de ella los impíos quando dicen, que cayera de su grado, si se ocupara en gobernar las criaturas, en atender á sus necesidades,

en

(1) Hug. de Sanct. Vict. l. 1. de Sacram. p. 3. c. 19.

en escuchar sus deseos, ó en examinar sus procedimientos? Pues si no cayó de su grado quando las sacó de la nada, cómo caerá quando las gobierna? Si es injuria, regirlas, podemos decir con S. Ambrosio, *mucho mas injuria fué hacerlas* (1). Si Dios agravia á su Magestad, dandonos leyes á sus hechuras, y haciendo que las observemos, cómo no la agravia mas dandonos el sér? Pero si el no tener necesidad de otra cosa, no le aparta á aquel Supremo Arquitecto de producir tantas obras, grandes y pequeñas de todo género, y de emplear una arte suma en cada una por infima que sea, cómo podrá apartarle de pensar en ella, despues que la mira producida?

El no tener en sí falta de bien alguno, solo hace que Dios no pueda obrar con intencion de proveerse á sí juntamente, como lo hacen los agentes imperfectos, que de el favorecer á otros, sacan siempre tambien para sí mismos algun fruto de perfeccion: mas no hace que absolutamente no obre en provecho ageno: así en el orden natural, al qual se reducen todos los efectos necesarios, como en el moral, al qual se reducen todos los libres.

Ni el hombre, aunque distante infinitamente de la Divina grandeza, es por eso indigno de ser objeto especial de su providencia, pues en su grado tiene capacidad de conocer á Dios, de agradarle, de amarle, de tener con su Magestad comercio de súplicas, de obediencia, de obsequios, de adoraciones, como lo conoció Aristóteles, el qual por esto no tuvo temor de decir, que si los Dioses tenían providencia, la habian de tener mas que de todas las demas cosas del hombre, como de quien mas se avecina á serle semejante (2).

Añadid, que Dios criándonos, no nos crió como acaso, mas nos crió por un fin altísimo, qual puntual-

(1) Ambrosio. l. 1. Offic. c. 26. (2) Felice. l. 10. c. 8. num. 12.

tualmente fué el de habilitarnos para la suma felicidad, de que somos capaces, que es agradarle, glorificarle y gozarle. Decidme, pues, qué fuera, que Dios nos criara á todos para un fin, y para un fin de tan grande importancia, y despues nos dexara, para decirlo así, abandonados, como impotente, para proseguir la grande obra comenzada? Si nos dió el fin, debe tambien darnos los medios para conseguirle, quales son las leyes que ha prescrito, las amonestaciones, las ayudas, y todo lo que pertenece á vivir con honestidad. Y tal es la providencia de que hablamos: es la razon de ordenar las cosas al debido fin con medios acomodados: *La providencia es una arte que ordena las cosas á sus fines por los medios convenientes* (1). el ordenar estos medios, se intitula proveer: y lo uno y lo otro se le ha de conceder á Dios, sino se le quiere hacer una altísima injuria á su poder infinito. Y aun, sino se le quiere hacer mas á su sabiduria, de la qual es mas propio el un cuidado y el otro.

§. II.

Me queréis, por ventura, negar que Dios conoce bien todas las cosas? Mas cómo puede dexarlas de conocer, si las tiene siempre á todas delante de los ojos? El Rey de Persia, residiendo en la Ciudad de Susa, para saber quanto sucedia en su Imperio, tenia dispuestas frequentes centinelas por todos los caminos, que con las llamas de noche, y con las humadas de dia, diesen señal de los sucesos de mayor importancia desde sus torres (2). No creais por eso, que Dios está necesitado á hacer otro tanto, para saber al punto todo lo que sucede en nuestro mundo. No, no: no ha menester mensageros veloces, que vengan á referirselo en postas. Basta que fije los ojos en sí mismo.

Allí,

(1) *Boet. l. 4. de Consol. prop. 9. (2) Auct. l. de Mundo, c. 7. apud Arist.*

Allí, como en un tersísimo espejo, mira qualquier suceso: de donde, como no puede dexar un solo momento de conocerse á sí mismo, así no puede dexar un solo momento de conocer tambien á todas las otras cosas. Y si las conoce, por qué queréis que no las enderece todas, como antes os decia, al debido fin? Bien puede un sabio Príncipe, por motivos que no penetra el vulgo, abstenerse de poner en el mar una armada; pero no puede, si la pone, dexarla á la discrecion de los vientos, sin timonés, sin entenas, sin áncoras, sin pilotos, sin marineria, con intencion de que vayan fluctuando por acá y por allá con incierta carrera, hasta que perezca, ó quedándose en los baxos, ó rompiéndose en los escollos. Esto fuera un obrar como necio, indigno del entendimiento de un hombre, quanto mas del de un Dios.

Ni la vileza propia de las cosas criadas refunde alguna de sus imperfecciones en el entendimiento Divino, contemplándolas según el sér perfectísimo que tienen dentro de su virtud increada, por la qual, quando baxas son en sí, tan nobles son en él, que con arte sublime las distinguió según sus varios grados: *Lo que sub hecho, era en Dios vida*. Por eso es digno de quedar sepultado en la boca de estos iníquos, cómo en un hediondo sepulcro, aquel dicho, que Dios no cuida de las acciones humanas, porque las acciones humanas son niñerías delante de su grandeza: no considerando los desdichados que á nosotros el conocimiento de las cosas menores tal vez nos daña, porque no nos dexa lugar para el conocimiento de las cosas mayores. Mas esto qué le ha de hacer á Dios, que con una vista simple lo mira todo? En lo demas no fué gloria suma de Salomon el haber baxado de los cedros del Libano á disputar hasta del hisopo mas vil que brota de las paredes?

Quién dirá ya, que conocer el mal es mancharse? Mancharse es el amarlo. Y si el mal no es al fin otra

cosa que privacion del bien, como las tinieblas son privacion de luz; bástele á Dios conocerse á sí, para conocer lo que es aquel mal que se le opondrá, como nos basta á nosotros conocer la luz, para saber lo que son las tinieblas.

Ni es ménos digna de quedar allí sepultada la otra no ménos loca proposición, que la numerosidad de los negocios humanos le puede á Dios turbar la quietud con el embarazo, con el triste y multiplicado ministerio. Estos, dice San Agustín, quieren copiar á Dios por sí mismos. *Pensándose á sí mismos como por su Magestad* (1). Y como para tocar lo hondo de su mente basta una sonda de un hoyo, tan corta es, así se figuran, que tambien basta para tocar lo profundo de la de Dios, que es aquel altísimo mar que no tiene suelo. Y si no tiene suelo, cómo puede estar sujeto á revolucion? De Ciro refiere Plinio (2), (quan buen estimador de las excelencias humanas, tan mal exágerador de las Divinas) que en su numerosísimo campo conocia á cada soldado de rostro, y por su nombre. Y sin embargo, esta tan grande amplitud de memoria, como era para aquel Capitan una grande alabanza, así no se le minoraba cosa de su quietud. Pues qué juicio habemos de formar de la sabiduría Divina que no tiene límite? Quedará sobrepujada de un número de cosas, que si á nosotros nos parece un ejército desmedido, para ella es ménos que una sola decuria, que un pobre esquadroncito? *A nosotros nos parecemos muchos*, decía Minucio, *mas para Dios somos pocos* (3). Comparad, si os agrada, la nada con el todo, esto es: comparad un entendimiento criado y encareclado entre los órganos corpóreos, inhábiles para obrar sin fantasmas, como era el de Ciro, con un entendimiento increado é incircunscripto que obra por sí: despues sabedme decir, si se le acom-

mo-

(1) *De Civit. Dei*, l. 21, c. 8. (2) *Plin.* l. 7, c. 24. (3) *In octavo.*

moda aquel triste ministerio, con que definen éstos la Providencia, disfrazando las blasfemias en obsequio; pues socolor de formar un Dios de perfecta felicidad, se fingen un Dios de corto entendimiento. Tanto mas, que al tiempo que contempla los desórdenes de las cosas humanas, y los aborrece, al mismo contempla la hermosura de las divinas, y las goza, chupando de aquella vena inagotable de contento, sin divertimento, infinito gozo. De suerte, que aquel desden que tienen los Grandes entre nosotros de pensar en las cosas ligeras, y de hablar de ellas: *No hace caso el Gobernador de las cosas mínimas*, no es alabanza suya, si bien se mira: es soberbia, es tédio, es temor de no poder atender á todo sin cansarse. De otra manera qué duda hay de que se lo atribuyeran á gloria, como es gloria del mar el admitir á todos los ríos mayores y menores, sin comoverse?

Y admirad luego la necesidad. Aun quando en el entendimiento Divino se pudiera fingir esta incapacidad, que no es posible; de tantos cuidados á un tiempo, para qué querer ántes quitarle el cuidado de las cosas mayores, señalándole el de las menores, que quitarle el cuidado de las menores, señalándole el de las mayores? Y sin embargo lo hacen así estos ímpios, que quieren separar de la Providencia Divina mas que otra cosa las acciones humanas, que son las mas eminentes. Todas las leyes excusan de encargarse de la tutela de los hijos ajenos al padre, que tiene cinco propios (1); porque siendo el cuidado de los propios partos el fin de un padre sabio, debe prevalecer este cuidado á todo otro cuidado no composable. Ahora, es certísimo, que el gobierno moral de los hombres es el fin del natural; pues vemos que los efectos de la naturaleza se dirigen todos

Parte I.

X

(1) *L. unig. c. Qui num. liberor.*

(2) *Plin.* l. 7, c. 24. (3) *In octavo.*

á beneficio del hombre. Y por eso quando la Providencia Divina no fuese para tanto, que pudiese ordenar sablamente los negocios de la felicidad humana, si al mismo tiempo pensara en otra cosa, debiera descuidar de los negocios de la naturaleza por atender á los de la virtud, dexando correr algun defecto en los medios ménos importantes, por conservar firme el fin, por cuya gracia se amaron aquellos medios.

Es, pues, intolerable la estolidez de quien confiesa, que la naturaleza gasta en sus obras menudas una incomparable sagacidad: *La naturaleza en ninguna parte está mas toda, que en las cosas minimas* (1), como otra vez se ha ponderado; y después niega una atencion aun mediana de la misma naturaleza á las acciones buenas ó malas de los mortales, como si éstas no fueran siempre el fin á que miran las otras. Y el juzgar esto de otra manera es tachar á Dios de inadvertido ó de mentecato, y poner en el regimiento del mundo un Gobernador, que aun no estuviera bien por padre de familia en una tienda de trato. *Qué cosa mas absurda*, dice San Agustin, *qué cosa mas insulsa se puede oír, que el que está vacía de la disposicion y del gobierno de la Providencia toda aquella parte del mundo, cuyas entidades grandes y pequeñas ve que se forman con tanta arte* (2)? Y por eso de la sabiduría que muestra Dios en la disposicion de las cosas naturales pertenecientes á los brutos mas viles, debe inferirse la que usa en la disposicion de las morales pertenecientes á los hombres, y persuadirse, que si quiere tan hermosa una conchilla, mucho mas hermoso ha de querer el corazón de qualquiera de nosotros. Quien quiere hermoso el convite de sus bodas, hermosas las salas, hermosas las estancias, hermosos los tapices, hermo-

sos

(1) *Plin. lib. xi. cap. 2. (2) Lib. 5. de Gen. ad lit. cap. 22.*

sos los escritorios, hermosos los vestidos, querra sin duda mucho mas hermosa la esposa, que es el fin de todo lo demas.

§. III.

Y esta misma consideracion nos hace ver tambien el agravio que le hacen á la Divina Bondad estos temerarios, que la venden privada de Providencia. Porque lo que es lo óptimo en el universo, es el bien del orden; así como es lo que mas contiene de las perfecciones divinas, y mas las notifica: de donde es menester que este bien sea tambien mas amado de la Divina Bondad, y sea siempre mas pretendido que qualquier otro. Bien puede Dios, sin disminuir su Bondad, dexar de comunicar á las criaturas su propia felicidad, reteniéndola toda dentro de sí mismo; mas en suposicion de que resuelta derramarla en otros, no puede dexar de querer en estas benévolas comunicaciones lo que es su fin; esto es, mostrar el orden que hay entre las criaturas y la Divina Bondad, como entre los rios y la fuente; y por eso no puede dexar de exercitar con todos aquellos á quien se comunica su Providencia incansable, no solo porque es Poderoso, ni solo porque es Sabio, mas porque es Bueno, que es lo mismo que decir Difundidor de sí mismo.

Y por otra razon semejante no puede dexar de proveer con cuidado aun mas singular á las substancias racionales, que como libres se acercan mas al fin que pretende su Magestad, que es su glorificacion: de donde la Providencia Divina les debe regir con tal cuidado, que en su comparacion el euidado que pone acerca de los efectos naturales, tenga cara de negligencia: *Por ventura tiene Dios cuidado de los buyes?* dixo el Apóstol (1). No, que

X 2

(1) 1. Cor. 9. 9.

que Dios no vele tambien sobre las necesidades de los animales; mas porque á vista de la atencion que pone sobre el Género Humano, puede decirse que descuida, si no del lado del acto de proveer, que de cierto es único en todos, á lo ménos del lado de los bienes que suministra con este acto.

Mas quién puede dudarle? No vemos cuánto amor muestra cada causa á su efecto? *La naturaleza encomienda á la tygre sus cachorrillos, y ablanda con el afecto materno á aquella fiera horrible* (1), dixo San Ambrosio. Ahora, como habia Dios de querer ser Padre sin amor, no habiendo querido su Magestad que sin amor sea madre ni aun la mas cruel de todas las fieras silvestres? Por otro lado, el amor es al punto causa de la Providencia: y todos lo echamos de ver ahora en el amor mismo profano, que quanto deslumbra los ojos para conocer justamente los defectos de la persona amada, tanto los afila para ver las necesidades en que se halla, y para proveerlas, sin hacer cuenta de que es leve lo que le pertenece. Por eso Dios, que no solamente no nos ha producido á ciegos (como engendran los padres á sus propios hijos sin conocerlos); mas nos ha producido segun la idea de su entendimiento divino, conociéndonos perfectísimamente ántes de hacernos, cómo podrá, despues de habernos ya formado, olvidarse de nosotros, dexándonos en manos de la casualidad? Son tachadas de poco amor las madres, que despues de haber dado á luz á sus partos, los entregan á una ama, privándolos de la ventaja de su propia leche, habiéndolos dado la sangre, como desdeñándose de ser madres enteras: *Qué género de madre es éste, contra la naturaleza imperfecto y mediado, haber parido, y haber al punto arrojado de sí los hijos* (2)? Y sin embargo estas madres buscan á lo

(1) *Exod. lib. 6. cap. 4.* (2) *Phavor. apud Gelli, lib. 12. cap. 7.*

lo ménos entre las amas la mas oportuna, para que las substituya. Ahora: Dios, mas tierno inexplicablemente para todos nosotros, que todas quantas madres ha habido para sus hijos, no solo nos dexará de asistir inmediatamente despues que nos hizo, mas nos encargará al cuidado de una casualidad necia, caprichuda, insolente; esto es, de una ama la mas inepta de quantas se pueden hallar, para que nos crie? Principalmente que los padres pudieran alegar alguna excusa de su descuido, fundada, ó en las pocas fuerzas que poseen, ó en la menor capacidad. Mas como pudiera semejantemente excusarse Dios, pues su poder infinito no le permite que se canse de hacernos bien, y su infinita sabiduria no le permite que ignore de qué bien tenemos mas necesidad? Toda la falta estuviere en la Bondad.

Mas si algunos quisieren neciamente atribuirle á Dios, no á vituperio, mas á valor este descuido desapiadado de los propios partos, no obstante eso, el amor que se debe á sí mismo, como á tan gran bien, le obligará á tener providencia de las acciones humanas, si no por respeto nuestro, por respeto suyo. De qué alabanza juzgáramos digno al corazon divino, si no apreciara la virtud, y aborreciera el vicio? Esa Divinidad no fuera de reputacion ni aun para un señor de un cortijo en orden á sus criados. Juzgad si le puede convenir á la mejor de todas las Naturalezas posibles, qual es Dios. Por otro lado, si aprecia la virtud, si aborrece el vicio, como podremos persuadirnos á que no se ha de dar por bien servido de las acciones honestas, y por ofendido de las malas? *El que no se ofende con el hecho que quiere que no se haga, es mentecatisimo* (1): especialmente que todo esto sucede delante de sus mismos ojos, sin que los pueda jamas cerrar un solo mo-

men-

(1) *Textul. contra Marc. lib. 1. cap. 29.*

mento, ó torcerlos á otra parte. No fuera, pues, como un Dios de barro el que no se diera por entendido, ni de lo que cede en su honor, ni de lo que en su afrenta; y el que teniendo en su mano penas y premios, patibulos y principados, procediera en el repartimiento de todo sin algun cuidado, no distinguiendo ni los buenos de los malos, ni los bien acostumbrados de los turbulentos? Un Dios de esta calidad fuera sin duda mas condenable que qualquier Juez iniquo; pues llegará á aprobar en sí mismo aquellas injusticias, que totalmente prohíbe con el universal consentimiento de todos los pueblos, y vitupera con su universal condenacion.

Luego es manifesto, que no se le puede negar á Dios la Providencia, sin herirle altamente en su brazo, en su entendimiento, en su corazon; esto es, en el poder, en la sabiduria, y en la bondad. Seremos, pues, ingratisimos nosotros, si en vez de adorar, llenos de confianza y de alabar sus disposiciones, las calumniamos cada momento. En este caso no es la Providencia la que nos falta á nosotros: nosotros somos los que le faltamos á la Providencia. El Sol está presente al ciego, y sin embargo el ciego no está presente al Sol: *El ciego en el Sol tiene presente al Sol; mas él está ausente para el Sol* (1).

CAPITULO XX.

Respóndese á los argumentos por qué se mueven los Ateístas á negar la Providencia.

Ligera fatiga es plantar un fuerte, en comparacion de la que se requiere para defenderle valerosamente. No es, pues, dificultoso establecer la Providencia, especialmente supuesto aquel sólido fundamento, que la

(1) *S. Aug. in Evang. Joann. tract. 31.*

la naturaleza con mano no errante nos preparó en el pecho de qualquiera, quando nos arrojó esta máxima general, que no solamente se debe reconocer una Divinidad, fabricadora del universo; mas que tambien se debe invocar con ruegos continuos, pacificar con sacrificios, aplacar con rendimientos, ganar con votos de corazon sincero, como la que unicamente tiene en su dominio la rueda de la variedad de nuestros sucesos, y la que sola la revuelve. Lo que requiere mas vigor es defender esta verdad de los asaltos de los contrarios. Y quién son éstos? Son aquellos impios, que como delinquentes se holgáran mucho de que no hubiera un Juez invisible, que condenase cada instante, y castigase á su tiempo aun sus mas secretas maldades. Mas déxenlos venir, y venir guarnecidos de sus armas mas fuertes. Pero qué podrán hacer? Es fortísima la roca que acometen: los argumentos totalmente pueriles de que se valen los atrevidos para asaltarla, los habemos ya rechazado bastantemente en el capitulo antecedente: de donde el detenernos mas largamente en ellos, fuera no contentarse con derribar de la mano de un Indio la caña con que combate, si no se pierde tiempo en hacerla pedazos delante de sus ojos. Mejor consejo, pues, será el despojarlos de otras armas mas fuertes, á lo menos en la apariencia; esto es, de las que tal vez si no han puesto en huida, han hecho por lo menos vacilar algun poco el corazon en el pecho hasta los sabios; y son aquellas dos oposiciones, que son las que luego se hacen en la residencia de qualquier gobierno; esto es, la licencia que se les da á las costumbres, y la distribucion no justa, así de los premios, como de las penas, que aquí se guarda. Hagámonos la primera, pasando del Gobernador, á quien habemos defendido, á su forma de gobernar.

Mas antes de llegar al exámen, concédasme desahogar un justo dolor, que he reprimido hasta aho-

ra por fuerza en el ánimo, contra estos censores activos que se arrojan á dar sentencias: de quién? Del Juez universal. Y de cuándo acá tienen los hombres seso para ajustarle hasta las balanzas públicas en sus manos á Dios, para medir aquellos pesos con que ignora los méritos y los deméritos de cada uno, y para hacer experiencia de si la una salva, y la otra está ajustada? Hombres tan miserables, que no entienden aún cómo se hace un mosquito menudo, que trompeta tan recio, y sentencian sobre la Sabiduría Divina en el repartimiento que hace de la fortuna próspera y de la adversa: hormiguillas, que vuelan á su costa; pues aunque proveídas de alas positivas, imaginan volar tan arriba, que escupan en la cara al Sol para apagarlo: cabezas desvanecidas, que si se hubieran de arrojar en algun profundo (como se tiene por fábula de Aristóteles) donde no han sabido pescar alguna vez, halláran el curipo en qualquiera charco; y sin embargo presumen sondear aquel Océano profundo de sabiduría y de santidad, que se llama investigable, y hallar que corregir, que al-terar, que añadir á aquellas máximas, que la Providencia formó desde la eternidad para gobernarnos! Ea, id primero á fabricaros otro mundo tambien vosotros: llamadle de la nada con tal voz, que desde allí os responda; formadle sin ayuda, fixadle sin apoyos, movedle siempre al rededor sin fatiga; y despues venid á disputar con aquel Señor, en cuya comparacion os teneis por mas doctos. Habiendo Gorgias, Orador célebre, propuesto con grande cloquencia los modos de sosegar el pueblo de Atenas amotinado, fué burlado de todos por esto solo, porque hubo quien despues de él se puso en pie, y dixo: Mirad si es bueno para meter paz en tan gran Ciudad quien, no teniendo en casa mas que dos mugeres, su criada y su muger, no sabe hacer que no ande siempre una con otra á la greña. Mas por ven-

tura no se puede decir lo mismo de estos arrogantes? No saben en su casa qué es ley, y quieren dársela al Universo, y dársela tambien á un Dios, que tiene derecho á ser tenido por justísimo, aun quando llega á hacer lo que á los hombres les parece mas injusto? *No se ha de dudar que es justo, aun quando hace lo que á los hombres les parece injusto* (1). Pero no confundamos tan á la larga á estos frenéticos, que nos olvidemos de curarlos, si el confundirlos no es buena parte de su cura.

Lo primero, pues, que se le oponia á la Providencia Divina era la permission de tantos excesos, como se ven cada dia; como que inclinándose el Sumo Bien á regir los negocios del Universo, no se le debe dexar algun lugar al mal: no de otra suerte que si el Sol baxara á la tierra, no le dexara lugar alguno al hielo. Razon de alguna apariencia para quien, como con los ojos, así con el entendimiento, no ve mas en las cosas que la superficie: y no pasa á entender, que si el Sol habiendo baxado á la tierra, no dexara algun hielo, hiciera un desdichado provecho; pues así la pusiera toda de repente á fuego, y á llama.

Debeis, pues, advertir, que de diverso modo ha de proceder el Proveedor particular en todos los órdenes de los individuos, que el universal. El Proveedor particular ha de excluir, lo mas que pueda, qualquier defecto de cada uno de aquellos que se encomendaron á su cuidado. El Proveedor universal ha de permitir algun defecto en las partes, por no impedir la perfeccion del todo (2). De donde es, que los defectos que acaecen en las cosas naturales, como son la esterilidad, lasestropeaduras, los abortos, las enfermedades, las muertres, se dice, que sucede contra la intencion de la naturaleza particular de aque-

Parte I. Y llas
(1) S. Aug. l. sent. sent. 300. (2) S. Thom. 1. p. q. 22. art. 2. ad 2.

llas cosas, donde suceden no contra la intencion de la universal. Antes ésta efectivamente los quiere posibles, en quanto el daño de uno es provecho de otro. La muerte de los ciervos es refecion de los leones; y la flaqueza de los campos es riqueza de los laborantes. Decidme, pues, qué pretendéis? Qué impida todas las culpas? Si así es: luego quereis que obre solamente como Proveedor particular de los hombres, pero no como universal. Y no echais de ver, que si obligará á Dios su bondad, no solo á prohibir todas las culpas, como lo hace, no solo á castigarlas, mas tambien á impedir las eficazmente, no fuera posible culpa alguna? Y sino fuera posible culpa alguna, cómo pudieramos conseguir la felicidad, á lo ménos como mérito, como paga, como corona de generoso triunfo, que es lo que ha de hacer, quanto mas gloriosa para qualquiera, tanto tambien mas acepta? Podia Dios, al criarnos, darnos á todos sin detencion el Paraíso, quién no lo sabe? Mas no ha querido. Ha querido que nosotros le ganemos con la victoria de los apertitos resvalizados: porque teniendo la Bienaventuranza eterna, respecto de nosotros, razon de último fin, era conveniente que fuese premio de la virtud (x).

Es verdad que Dios siempre ha de obrar como quien es; esto es, como agente sumamente perfecto. Mas el agente sumamente perfecto ha de hacer optimo el todo, no ha de hacer optima cada parte del todo, á lo ménos absolutamente, mas solo, en quanto trae la proporcion que ha de tener con lo demás de la obra. De dónde es, que aquel pintor, que desdenadas las sombras, quisiera usar de solos claros, de solo bermellon, no sacaria su lienzo optimo, sino pesimo. Basta que se sepa valer de las sombras en provecho de los colores, cuya luz con nada sobre-

(x) S. Thom. 1. p. 4. 62. art. 4. in cor. ubi dicitur quod si

sale mas que con la obscuridad: *En la pintura nada le da mas viveza á la luz, que la sombra* (1). De esta manera puntualmente se vale Dios de las culpas. Se vale con atenciones de infinita sabiduria, levantando fabricas mas seguras sobre las ruinas mas altas, que habia permitido, y formado antidotos mas saludables del veneno mas pestilente. Y para defender en esto mas á lo particular: dos razones de bien saca siempre Dios del mal, de que hablamos: la una la mira á su Magestad, y es su mayor gloria: la otra nos mira á nosotros, y es nuestra mayor ganancia.

Y lo primero de la permission de los excesos de los impíos saca la gloria maravillosa de tolerarlos. No fué alabanza grande para Don Felipe II., Rey de España, aquella tolerancia que tuvo, sin turbacion, del descuido de un Secretario, que en vez de echarle polvos, como lo habia mandado, á una Carta muy larga que habia escrito su Magestad de su mano al Sumo Pontífice, vertió sobre ella el tintero? Pareció en tónces, que así como la gloria mas singular de la agua que está sobre los Cielos, es no inquietarse, á semejanza de la que corre sobre la tierra, así tambien fué no ligera gloria para aquel Monarca el ser tan superior á los sucesos siniestros, que no se turbase, como lo hacen las mentes vulgares. Y sin embargo, este suceso siniestro fué casual. Qué, pues, será la honra que se le debe á aquella mente Divina, que traspassando á sus ojos tantos perversos cada momento, sus prohibiciones, los sufre sin alterar un punto su profunda tranquilidad por el atrevimiento que muestran; y sabe juntar un odio sumo en vedar las maldades de los malos, con una suma benignidad en tolerarlas? Qué dixe en tolerarlas? Debía ántes decir, en vencerlas, hasta por fuerza de cortesias: pues á manera del Sol, en lugar de volver

Y 2

(1) Plin. l. 1. ep. 13.

á enviar sobre la tierra todos los vapores, mudados en rayos, los vuelve á enviar convertidos en lluvias, unas de refrigerio, y otras de recreacion: *El deador agradecido hace mas gustosa la liberalidad; pero el ingrato mas illustre* (1). Asi consigue que los impios, no raras veces, confusos con tan grande bondad, se muevan á estimarla despues mucho mas. Y si obstinados al fin, le obligan á detener la lluvia que les envia, y á descargar los rayos, os parece poca gloria de nuestro Dios, que queden con su brazo aterrados estos gigantes que locamente creen, que pueden desde la tierra hacer guerra al Cielo? Estos, y otros mil resplandores de las Divinas perfecciones, pertenecientes, unos á la misericordia, y otros á la justicia, hace Dios camppear en el fondo obscurisimo de las culpas, que permite, como aderezador de ellas, no como autor: *No es (Dios) Autor, mas Ordenador de nuestros vicios* (2). Proporcionadas son tambien las ventajas, que las culpas mismas nos ministran á nosotros, como enseñándonos á saber chupar miel hasta de los axenjos.

De las caídas aprende el hombre á no fiarse de sí mismo, á recurrir con súplicas mas fervorosas por ayuda al Señor, á deprimirse, á despreciarse, á no insultar el que se ve compañero en las ruinas, á estimar mas la fuerza de aquel Dios, que le dá poder para volverse á levantar (3): en una palabra, á vivir tan recatado para lo por venir, que como no hay caballo mas veloz para la carrera, que el que una vez fué mordido del lobo; así no haya tal vez quien corra mas velozmente á adquirir las virtudes, que aquel que fué una vez alcanzado del vicio, y se escapó por grande ventura de sus dientes crueles casi despedazado.

Ni vale oponer, que el gobierno entre los hombres

(1) Plin. in Panegir. (a) S. Aug. serm. 100. de úiver. (3) S. Aug. de Civit. Dei, l. 14. c. 13.

bres tanto se juzga mas laudable, quanto el gobernador permite ménos licencia á los subditos, y los refrena mas. Porque intervienen dos diferencias notables entre el regimiento de los hombres, y el regimiento de Dios. La primera es, la misma que se ha notado hasta ahora; esto es, que Dios sabe hacer de qualquier mal una destilacion tal, que exprime mayor bien: quando los hombres, porque no tienen tanta actividad, ni tanta arte, es menester, que para regir sablamente impidan con todo su poder los males, de que su alquimia no sabe sacar algun metal sublime en útil de la humana felicidad. Y por eso la potestad humana se diferencia tambien en los medios que aplica para impedir las culpas. Para impedir, pongo por exemplo, una riña, manda el Príncipe, que dos competidores tengan sus casas por cárcel. Mas Dios para quitar el homicidio, no quita siempre la comodidad de cometerlo actualmente, y siempre dexa la libertad de quererlo. Mas qué? Con los avisos de la conciencia que tiene entretanto prontos, y con las ayudas de la gracia estimula á la misma libertad á caminar por el camino derecho (pero de suerte, que camine de su bella gracia), y procura atraer á sí nuestra voluntad mas suavemente, que sabe el ámbra atraer la paja; esto es, no con manifiesta fuerza, mas con secretos atractivos, solicitándola á salir del lodo en que está caída, no violentándola para que salga.

La segunda disparidad entré el gobierno Divino de la providencia, y el humano de la política es, que el fin principal de la política es la felicidad temporal de la república: mas el fin principal de la providencia es la felicidad eterna; esto, es la felicidad que se nos reserva en el Paraíso. Por eso hace bien la política en apartar á los malos de las impedidas con medios aun violentos; pues estos medios son necesa-

rios

rios para la consecucion de la paz, que pretende, quien gobierna en la tierra, donde continuamente se ve, que como á las campañas les daña mas un excesivo sereno, que todos los torbellinos y todas las tempestades, así le daña mas al público la demasiada descendencia de los que mandan, que el demasiado rigor. Mas Dios, que tiene un fin sin comparacion mas excelso en el gobierno de los hombres, ha de dexarles la facultad entera de su alvedrio: no solamente, porque habiéndosela concedido una vez, no es conveniente que despues se la quite; mas mucho mas, porque se puedan aplicar á la virtud por su propio gusto, y así merecer por medio de los actos libres y laudables aquella felicidad sempiterna que, como he dicho, no quiera darnos por don, mas por premio.

Por eso, esta misma permission de tan numerosos desórdenes en nuestro mundo moral, no es un ciego abandono de los negocios humanos á la suerte, mas es una arte de saber, delicadísima, semejante á la de un experto piloto, que sabe navegar al puerto entre los vientos, aun contrarios, siguiéndolos, pero de tal manera, que sin embargo le sirvan para su viage, con gloria mucho mayor, que la que conseguiera si los tuviera conformes.

Finalmente, si Dios, como notamos al principio, ha de mirar sobre todas las cosas con su providencia generalísima la perfeccion del todo, que es tanto mas digna que la perfeccion de las partes, qué hay mas que buscar? Luego es menester, que admita igualmente justos y pecadores sobre la tierra, como admite racionales y brutos, espirituales y materiales, simples y mixtos, sensitivos y faltos de sentido. Esta es la suma perfeccion del orden: *Al prudente Gobernador le pertenece el despreciar algun defecto de bondad en la parte, para aumentar la bondad en el todo.*

do (1). Si faltara la crueldad de los perseguidores, no hubiera la fortaleza de los mártires. Si no hubiera culpas, no hubiera penitencia que las llorara. Si no hubiera culpados, no hubiera justicia que los castigara. Discúrrid de la misma manera de las demas virtudes insignes, las cuales como las abejas, tienen por su origen la podredumbre; y sin embargo son las artífices de una labor tan noble, como es la miel.

Quién, pues, no ve la estolidez de aquel impróvido zelo, que quisiera que la pena correspondiera al punto al delito, como corresponde, al instante, el eco al sonido? Qué prisa es ésta? No sabemos cuántas veces padres muy malos han dado al mundo hijos muy buenos, y no solo muy buenos, mas óptimos, que despues le han traído increíble utilidad al Género Humano? Tal hijo fué un Abraham, tal un Job, tal un Josías, tal un Ezequías, y tales otros muchos sin número, dentro y fuera de las Escrituras Divinas. Qué maravilla es, pues, que en gracia de ellos haya tolerado Dios algun tiempo á sus padres, aunque pesimos? Qualquiera alaba al prudente hortelano, que no quiere cortar la esparraguera, ántes que de ella haya brotado el espárrago. Y quién de nosotros no hubiera mucho tiempo ha quebrado, si cada uno hubiera de haber pagado, sin dilacion, su deuda á la Divina Justicia, montada en ira? Apenas se encontrara hombre vivo en la tierra. Y si por la tolerancia, que nos ha mostrado, nos juzgamos con razon obligados á Dios, por qué queremos aun acusarle, de lo que le debemos dar agradecimientos? Por ventura quisieramos que fuera piadoso para nosotros, y riguroso para los demas? Tan puntualmente en la perversidad de los soberbios. Querer que la justicia destruya todas las casas ajenas, y que á las suyas no se les llegue ni aun al umbral.

Ea,

(1) S. Thom. contra Gent. l. 3. c. 71. *Ad omnia vitia sunt (1)*

Ea, dexemos el empleo, tan iniipiamente usurpado, de censores de la Divinidad, y de censores que se quieren portar como legisladores: *Censores de la Divinidad, que dicen: Dios no debió hacerlo de esta manera; y mas debió hacerlo de estotra* (1): y vueltos á nuestro seso, concluyamos ántes, qué Dios como arte de providencia infinita tolera pacientemente hasta las locuras, y las malas costumbres de los ímpios; lo primero, para dar mas gloria á su nombre (como eminente jugador de algebrez, que se dexa de propósito coger las piezas para ganar, no obstante eso, con mayor confusion del competidor poco inteligente de la arte); y lo segundo, para bien de los mismos ímpios, que desea mudar en justos, mucho mas respaldicientes; de suerte, que se convierta en precioso cristal, lo que era vil barro. Pero si tolera á los malos, los tolera para bien de los buenos, cuya virtud se perfecciona con lo aspero de aquellas limas que dexa en el mundo, y se ilustra al careo de aquellas sombras.

Entre tanto, si Dios no castiga la maldad de presente, no hace por eso, que se vaya sin castigo á su tiempo debido. Y aun de presente la castiga sin excepcion; pues no hay pecador aqui en no prive al instante de los bienes eternos de su gracia santificante, de las virtudes infusas, de los dones, y de las ayudas mayores que le hubiera concedido, sino le hubiera visto convertido en rebelde. Es verdad, que estas pérdidas, porque no se perciben por los sentidos, los compadecen poco á los infelices, enseñados á no llorar las ruinas que, quando caen, no hacen ruido. Mas, ó quanto los miserables llorarán á su tiempo, si abusando de la Divina longanimidad, continuaren hasta el último espíritu en irritarla! Aquella avenida, que se detuvo largo tiempo sin inundar so-

(1) *Text. contra Marc. l. 2. c. 2.*

bre sus indóciles cabezas, sobrevendrá toda junta con mas furor.

CAPITULO XXI.

Respóndese á las acusaciones que se le hacen á la providencia por la desigual distribucion de los bienes, principalmente, de los que se dan á los ímpios.

Los ojos, que salen afuera, no por eso son hábiles para ver mas que los otros; sino solo para ser mas que los otros ofendidos del humo (1). De qué, pues, les aprovecha á los entendimientos presumidos el salir tanto de los términos para mirar, lo que no se les concede á las vistas mortales? El fruto de su atrevimiento será quedar maltratados con la obscuridad de aquellos Divinos consejos que, si se contuvieran en humildad, les fueran de admiracion, pero no de escándalo. Debiera, pues, qualquiera de ellos decir ántes con Salviano á este proposito: *Hombre soy: no lo entiendo: no me atrevo á investigar los secretos de Dios* (2). Y sin embargo, quanto mas vacios de seso, tanto mas quejosos: donde no llegan á investigar con el entendimiento débil, llegan á insultar con la lengua blasfema. Pregunto yo entretanto: Puede el gobierno de este mundo andar mejor que anda, ó no puede andar mejor? Si no puede andar mejor, de qué se quejan los Ateístas? Si puede andar mejor: luego hay quien pueda hacer que ande mejor, y tal es la misma Providencia que niegan; y si lo es, basta esto. No es mentecatería de jumento juzgar posible, que dexa de hacer en algún tiempo lo que ha hecho? *Por ventura se ha de tener tanta insulsez, que el hombre vea que se debió hacer algo mejor.*

Parte I. Z.
 (1) *Arin. Probl. sect. 31. n. 6. (2) De gubern. lib. 3.*

for, y no juzgue que Dios lo vió (1)? O cuánto mas les aprovechará á muchos hombres temerarios el acusarse á sí de ignorantes, que el acusar á Dios de injusto! Pero porque no crean que esto se dice para huir la dificultad, prosigan desahogándose.

Lo que á los Ateístas les causa mayor trabajo en este gobierno no se puede juzgar verdaderamente que son los desordenes de las culpas, pues ellos puntualmente son los que las acrecientan mas que todos los otros: es la distribución de los bienes. Quisieran que ésta estuviera en su mano; de suerte, que la Providencia, como menor, debiera tener por tutor á su seso al hacerla: mas esto no puede jamas suceder. Por eso como no tienen fuerzas para sujetarse la Providencia, se vuelven á acusarla, esparciendo con expresa sublevación entre el vulgo crédulo, que administra muy mal las rentas de nuestro mundo; pues quan pródiga es en dárlos á los impíos, tan avara es en concederlos á los justos. Y es imposible, dicen, que haya Providencia, si al fin como la calamita (2) entre tantos metales nobles no se desata para levantar á otro de la tierra que al hierro vil, así gusta por la mayor parte de ensalzar á quien ménos lo merece?

En un túmulo de mármol

Yace Licino, en un pobre

Caton, Pompeyo en ninguno:

Quién ha de juzgar que hay Dios (3)?

Y si tal vez remunera también á los que lo merecen, presto se ve que obró por capricho, no por consejo; pues apenas les concede un don, quando se lo quita; y mas inconstante que el mismo mar en sus fluxos

Y

(1) S. Aug. lib. 1. cap. 14. contra aduers. legis. (2) Inman. (3) Ex Varone.

y refluxos, no guarda ley, dexando al mejor tiempo secas aquellas mismas playas, que en aquel mismo punto habia tomado por su cuenta embriagar con copiosas olas. Y nosotros queremos creer, que es mas que alguna ciega potestad casual la que administra tan mal las suertes humanas, sin distinguir en las remuneraciones benéficas las obras virtuosas de las viciosas, de modo que, ó no haya cosa que dé al mérito, ó no haya cosa que arrepentida no le quite? Intitúlese Providencia quanto quisiere: no es Providencia, es fortuna.

§. I.

Si allí son los sueños mas extraños donde estan los humores mas desconcertados, no es maravilla que los Ateístas desvaríen de semejante forma. Mas compadezcámonos de ellos, y probemos, si podemos conseguir con una cortés purga, que se muden sus sueños en doctrinas.

Haced, pues, cuenta que el gobierno de la Providencia es semejante á una tela de tapiz: *Una tela que urdió sobre todas las Naciones (1)*. Para labrarla es menester que unos hilos vayan derechos, y formen la urdimbre, otros atravesados, y formen el lleno; unos esten teñidos con la sangre de la purpura, otros con el jugo de la gualda; unos se arrojen en el fondo para formar las orillas de la obra, otros se coloquen en lo mas vistoso para formar el campo. Así es menester lo primero, que algunos entre los hombres sean ricos, otros pobres; unos superiores, otros súbditos; unos nobles, otros plebeyos: de otra manera la obra no sólo no tuviera belleza alguna, mas ni aun pudiera quedar cumplida.

No tuviera belleza, porque no tuviera la debida variedad; y á lo mas fuera una tela tosca, no un

Z 2

ta-

1) Isai. 25. 7.

tapiz ingenioso. La limitacion de las criaturas es aquel pobrísimo fondo, sobre que Dios borda lo mas hermoso que tienen sus labores; esto es, la diversidad de las cosas y la desigualdad; porque no pudiendo alguna criatura contener en sí como limitada todas las perfecciones, que Dios quiere mostrar obrando, es necesario que su Magestad las reparta en muchas naturalezas entre sí varias, y no raras veces tambien opuestas, para que contengan todas juntas aquello, que cada una de por sí no podia recoger, supuesta la cortedad del vaso. Así porque una simple cuerda no es capaz de mostrar en el laud toda la armonia que sabe darle la mano música, se añaden muchas, una mas delgada, otra mas gruesa, una mas tirada, otra mas floxa, que tocadas despues con diversidad por el arte, hacen aquella consonancia hermosa, que nos encanta los oídos.

Dixe despues, que sin esta desigualdad de alto y de baxo, de abundancia y de necesidad, no podia tampoco subsistir, ni quedar cumplido el gobierno del Género Humano. Porque fingid que salgan desterrados de una Ciudad todos los pobres y todos los plebeyos: qué enemigo le causó jamas tanta destruccion en un punto, quanta le causara este destierro? Y si respecto de los que salen fuera destierro, respecto de los que quedan sin ellos fuera muerte. Quién cultivara en aquel medio tiempo la tierra? Quién la fiera como á usuta aquella semilla, que multiplicada despues con tantos aumentos, les mantiene la vida á los hombres de todos los estados? Qué fuerza de las artes, así liberales, como mecánicas, que todas, ó nacieron de la necesidad, ó se criaron con la esperanza? No veis que la abundancia y la falta son aquellos dos brazos, que enlazan amigablemente al Género Humano con perpetua correspondencia, y que mantienen en él la vida civil? La necesidad de la educacion en la infancia ata los hijos con los pa-

dres,

dres, y la necesidad del sustento en la vejez ata los padres con los hijos: el pobre tiene necesidad de la mano del rico para que le levante: el rico tiene necesidad de los brazos del pobre para que le sirvan: la necesidad de gobierno sujeta los pueblos al Soberano, y la necesidad de asistencia sujeta al Soberano mismo á sus pueblos: de suerte que para decirlo con brevedad, podemos concluir con las doctas palabras de San Agustin, que la *necesidad*, reciproca, es la madre de todas las acciones humanas (1).

Por eso lo que nos falta para el mantenimiento mas abundante de nosotros mismos, no es materia de acusacion de la Providencia, sino materia de admiracion, principalmente que Dios, en la distribucion de los bienes terrenos, se ha portado como un prudente padre, que habiéndole de dexar al hijo mayor el mayorazgo, para el decoro y para la conservacion de la familia, le obliga en el testamento á alimentar á sus hermanos menores; y desde que le hace poseedor de toda la hacienda, le precisa á partir los frutos entre aquellos, que tuvieron comun con él, como la sangre illustre y el nacimiento, así el amor paterno y el cuidado. La arte casi única de la Agricultura consiste singularmente en secar los terrenos muy húmedos, y en humedecer los muy secos. Y esto es lo que requiere la Providencia, que quien abunda de riquezas dé parte de ellas á aquel que se halla frito: mas la avaricia, como es una sed, no de la naturaleza, mas de la enfermedad, así no se apaga jamas: de donde se persuade á que crecen en ella las necesidades, con la proporcion que crecen en ella los deseos encendidos: y esto hace que los pobres estén muy quejosos, como no socorridos bastantemente; y que los ricos sean muy tenaces, como no llenos totalmente, pervirtiendo el orden de los

(1) Agust. in *Præm.* 52.

designios divinos por puro vicio. Mas entretanto nos parecerá justo refundir en la Providencia nuestros defectos, y convertir en vituperio del Legislador aquellas transgresiones mismas, que veda con sus leyes?

§. II.

Verdad es, diréis, que son necesarios los pobres y los ricos, los nobles y los plebeyos, los Soberanos y los súbditos; y que sin esta variedad, ni tuviera el mundo su hermosura presente, ni su vida: mas esta respuesta no desata el nudo, le salta. Por qué razon no ha colocado Dios la abundancia en el mano de los buenos, y no ha privado de ella totalmente á los malos? Por qué el vicio navega siempre con viento en popa, y la virtud no puede tender jamas las velas, tantas son las borrascas que la asaltan? No es este un juego, que á nuestra costa hace Dios sobre los sucesos mortales, en vez de gobernarlos?

Ah temeridad de los que mirando el rostro de la Providencia en las olas de las inconstancias humanas, le tienen por monstruoso! Lo primero dígame, dónde se lee, que siempre han sido deprimidos los buenos, y siempre ensalzados los malos? Tome en la mano las historias el que pretende averiguar esta horrenda calumnia que se levanta á la verdad: y porque los aspectos de las lumbreras mayores son mas fáciles de observar, mire qué raras veces ha sucedido, que los Príncipes mas señalados en la piedad no hayan sido tambien los mas señalados en la prosperidad del gobierno, y que los mas malos no hayan sido semejantemente los mas malaventurados. Quando Roma, despues de haber quitado á los pueblos extrangeros la libertad, no dudó de quitársela tambien á si misma, hubo de tolerar una larga hilerá de Césares de tan estragadas costumbres, que mas verdaderamente se podian llamar bestias

tias coronadas, que Césares. Ahora, quién no sabe qué pocos fueron de tan gran número los que acabaron tranquilamente sus dias? Antes todos, ó casi todos cayeron como victimas por mano de los súbditos irritados, ó de los soldados rebeldes. Lo qual les puede dar testimonio clarísimo aun á los Privados, de qué falso es, que la impiedad es comunmente feliz, y la piedad miserable.

Dixe comunmente, porque tambien este es un rasgo delicado de la Providencia, ni siempre acompañar la pena con la culpa sobre la tierra, ni siempre dividirla. Si Dios castigara á todos los culpados en vida, nosotros pasaríamos fácilmente á juzgar, que su justicia no tenía otro tribunal mas formidable para vengar las injurias que le hacemos, ni otros tormentos mas feroces que éstos: de donde llegaría á hacerse despreciable en el acto mismo de quererse hacer estimada. Por otro lado: si Dios jamas pagara de contado los desenfrenamientos de los hombres con el exemplo de algun castigo visible, pudieran los hombres sospechar, que no distinguia en su amor la virtud del vicio, mas los trataba con igualdad. Por eso es menester mezclar un modo con otro para igualar las provisiones á la necesidad. Tanto mas que este tenor mismo de gobierno, que reserva lo mas del premio y de la pena para aquel tiempo que no tiene fin, sirve maravillosamente para hacernos pisar los bienes caducos, como lo merecen. Pertenece á la Providencia el enseñar á los hombres la virtud, que es el único camino por donde se llega á la verdadera Bienaventuranza. Ahora, el mayor estorbo para quien va por este camino son los envites, que á cada paso le hacen los bienes de la tierra para detenerle. Pues con qué medio se podia mostrar mas claramente la vanidad de tan falsos bienes, que con comunicárselos tambien á los ímpios? Podia caer en el pensamiento que este era el pan preparado para los

hijos, viéndole echar á todo pasto á los perros? Era muy natural inferir, que lo que concede Dios aun á los blasfemadores de su gran Nombre, á los perjuros, á los sacrilegos, no era la paga que ha destinado para galardonar los obsequios de los queridos. Estos años atras, habiéndose introducido en Wittemberg una moda nueva, desagradable á su Príncipe, qué hizo? La dió para que la usase al verdugo; y con este hecho la quitó luego todo el séquito. Una arte semejantísima de gobierno tiene la Providencia Divina: para quitarnos la afición á los bienes caducos de la tierra, los infama, guarneciendo con ellos aun á los malos: *De ningún modo puede Dios desacreditar mas las cosas que se desean, que concediéndoselas á los torpísimos, y quitándoselas á los óptimos* (1), dixo muy sablamente Séneca.

Añadid, que los malos mismos tienen en sus costumbres frecuentísimamente algo que sea laudable, no hallándose con facilidad acá arriba maldad del todo pura, como la hay allá abaxo entre los diablos y entre los condenados. La vívora no es venenosa en todas sus partes; ántes acompaña tanto sanativo con el tósigo, que puede tener un honradísimo puesto en la composicion de los medicamentos. Aquel rico, á quien vosotros quisierais luego en lo hondo porque roba la hacienda ajena, por ventura suministra cortés á mas de un necesitado su patrimonio: aquel lascivo sabe perdonar á la fama del próximo, si no sabe perdonar á la castidad: aquel hablador sabe abstenerse de las blasfemias en la ira, si no se sabe refrenar de las murmuraciones: alguno hizo traicion al amigo, mas juntamente fué fidelísimo á su consorte; como puntualmente se refiere, que los Romanos, entre tantos hurtos violentos como hicieron, amaron la fortaleza; los Godos la honestidad; los Vándalos la

Re-

(1) *Senec. de Provident. cap. 5.*

Religion, los Hunos el rigor, los Turcos la obediencia á sus Soberanos. Y así haced cuenta que si es difícil hallar enfermo tan desesperado, que entre sus muchas malas señales de muerte no mezcle alguna buena de vida, no es ménos dificultoso el encontrar un iniquo tan discolorado. Ahora, ¿Dios le pertenece el no dexar sin premio accion alguna, que de algun modo sea recta: y por eso como es superficial la virtud de éstos, así tambien se galardona con una felicidad que no tiene fondo, como es la de esta vida; y con esto viene la Providencia á manifestar mas quanto se complace de la virtud, pues la ama hasta pintada.

Finalmente fingid á un impio tan penetrado de la maldad, que no dé lugar á la virtud ni aun aparente, no es necesario que por eso dexé de experimentar los efectos de la Divina Clemencia con alguna prosperidad temporal. A un ladrón condenado al patibulo no se consiente cada dia que se le dé algun alimento, ántes de enviarle á la muerte? Pues como habemós de extrañar el que practique esta costumbre la Clemencia Divina, de muerte que á aquel reo, que está ya destinado para arder sin fin en una hoguera eterna, se le conceda por el espacio de pocos dias antecedentas algun alivio? Id ahora, y envidiad á aquellos reprobos porque lo gozan. No es esto mayor necedad, que envidiar la cena del justiciado? Aquel pez que discurre tan alegre por las hondas, tiene el anzuelo tan metido ya en las entrañas, que no es menester mas sino que el pescador tire á sí de golpe la caña para sacarle. Y en este estado puede aquel pez merecer el hermoso titulo de feliz?

Tanto mas que los impios con sus pasiones, con las envidias, con las enemistades, con las altiveces se inficionan aquel mismo poco bien que les concede Dios; á imitacion de aquellos mastines, que no saben gozar en paz entre sí la comida que se les da,

mas regañan los dientes , y se hieren unos á otros con desesperacion. Pero aun peor lo hacen los malos, pues vuelven su perversidad contra sí mismos , y hacen pedazos su corazon : de donde veis que tanto les falta el bien que tienen , como el que no poseen. El lince nunca engorda , porque mientras apacienta en un prado tiene los ojos en otro , y se deshace por el ansia de meter todo quanto hay en su vientre solo.

Mas qualquiera que en los sucesos humanos teme que se le turbe la cabeza , haga como quien pasa un turbio torrente , y no quiere caer : no fixe los ojos en el agua que se viene despeñando de la montaña , fixelos en la ribera estable que le aguarda de la otra parte : no mire lo que corre con el tiempo , mire lo que dura por toda la eternidad ; y con esta medida derecha , no con el palmo de una felicidad transitoria , que es tan menguado , mida los bienes , que son comunes á los ímpios , y los males , que son comunes á los justos. Y esta es la segunda oposicion que hacen los hombres de poco seso á la Providencia , queriéndola medir atrevidos las manos , para dar á creer que tiene una mas larga que otra , como las tenía Artaxerxes : pero reservo el discurrir de esta oposicion de por sí para el capitulo siguiente , por disminuir el tedio.

CAPITULO XXII.

Respóndese á las acusaciones que se le hacen á la Providencia , por que atribula á los buenos.

Los navegantes , mientras estan en la tempestad agitados y agitados , no estan hábiles para observar la arte de aquel Piloto , que entre tantos torbellinos rige la nave con admiracion. Qué maravilla , pues , que suceda en nuestro caso lo mismo? No conocemos la

Pro.

Providencia atentísima de aquel Dios , que nos rige entre tantos males , porque los males nos sobresaltan. Mas por eso habemos de negar nosotros la Providencia , porque no la conocemos? Si no la conocemos nosotros , la han sabido conocer infinitos , mucho mas prácticos que nosotros en aquella carta de navegar , que ha de mirarse sola en un mar tan profundo. Y si ninguno la hubiere acabado jamas de conocer bien , qué aprovecha? Hermosa cosa en verdad fuera , que los navegantes quisieran saber de ella tanto como el Piloto. Venga acá , pues , aquel temerario que dixo:

*Atormentando á los buenos
Tantos sucesos infaustos,
A negar todos los Dioses
Me veo solicitado.*

Qué es esto que no entiende? Por qué son atribulados los buenos? por qué pobres? por qué perseguidos? por qué humillados? Las causas son las mismas con proporcion porque son afortunados los malos.

Mas antes de repetir las pregunto : dónde estan estos buenos tan perfectos , que no tengan mezclada con el oro de la virtud alguna escoria? En nuestras minas jamas se encuentra metal tan escogido. Por mas benignamente que qualquiera nube sea mirada del Sol , no llega á acabarla jamas todo el cerco , imitándole , acaba en arco : y por mas que el alma sea favorecida de Dios , no llega jamas á copiar en sí todas las divinas ficciones perfectamente. Toda salud tiene alguna destemplanza , toda serenidad tiene algun nublado , toda hermosura tiene algun lunar , que la haga ménos amada. Y esta falta es la que mira Dios en la adversidad , queriendo destruir sabiamente con este fuego aquel horin.

Mas quando hubiera buenos tan excelentes , esta misma adversidad , como dixe , es necesaria en ellos

Aa 2

pa-

para piedra de toque de su virtud. No se conoce el soldado valiente entre las sombras de los pabellones, ni la espada en su vaina, ni el escudo en sus baulés, ni la saeta en lo blando de sus aljabas: es menester llegar á la prueba: ésta es la que hace discernir lo bueno de lo malo. Tal vez nos persuadimos á que somos buenos, porque todos los malos nos dexan estar en paz; y sin embargo mientras despues no toleramos, á la primera experiencia de pocos que sobrevienen, damos á conocer de qué temple habia sido en aquel mismo tiempo nuestra virtud, que reputábamos por tan fina. Ahora, porque el conocimiento de las propias enfermedades es un ingrediente, que se requiere con necesidad indispensable para el medicamento que nos ha de sanar, por eso ordena Dios que los males hagan experiencia de nosotros, y así nos den á conocer lo que somos, poniéndonos éstos en las tinieblas de la infamia, de la pobreza, de las persecuciones, de las enfermedades, como los lapidarios ponen al carbunco en lo obscuro de una pieza, para que se vea al resplandor que allí despide, si es verdadero ó falso.

Ni solo sirve la tribulacion de prueba para manifestarnos lo que somos, mas tambien de medio para que lleguemos á ser lo que no somos: mas humildes, mas fuertes, mas fervorosos, mas verdaderamente conformes con la voluntad Divina. Qué virtud tan afeminada fuera la de los justos, si siempre se viera despojada con el placer? Fuera una virtud epicúrea, en que jamas se distinguiera el amor de lo honesto del amor de lo deleytable; y como hoja de espada templada en acceyte, no haria jamas heridas de monta. Luego le pertenecia á la Providencia el exercitar duramente á sus siervos, para darles caudal con que grangearse una estable y eterna felicidad, que no fuere mero don, sino premio; y por eso diese doblados sus frutos de honra junta con go-

zo. Entretanto Dios nos asiste invisiblemente con sus ayudas poderosísimas en el principio, en el medio, y en el fin de nuestras calamidades: ni solamente á manera de atento Médico, tiene la mano en el pulso del enfermo mientras le saca la sangre, para saber quanto puede sufrir, sino ademas de eso le infunde brio: y por eso, si no queremos vilmente ceder el campo, es siempre nuestra la victoria. Y esto redundanda tambien en gloria del mismo Dios, á quien va finalmente enderezado todo; pues se hallan tantos, que solamente por agradarle combaten valerosamente, y tienen en todos los sucesos, ó prósperos ó adversos, fixos los ojos en su Magestad solo, como una hacha, que de qualquier modo que se vuelva, ó de arriba, ó de abaxo, mira siempre de una misma manera la esfera altísima.

Veis aquí, pues, como entre los mil giros de las mudanzas humanas, ninguno hay que no tenga por centro una infinita Sabiduría. Mas nosotros, desprovistos de luz para registrar intimamente estos misterios, no queremos ni aun dar tiempo para que la Divina Providencia á vista de todo el mundo descoja su tapiz acabado por todas partes; mas queremos dar sentencia, mientras todavia está revuelto en órden á la que falta por labrar, y mientras en órden á la que se va labrando delante de nuestros ojos, solo podemos mirarle al revés. Solo le podemos mirar, en órden á la que se libra, al revés, porque ordenamos lo eterno á lo temporal; y deseando que el Cielo sirva á la tierra, hacemos del fin medios, y de los medios fin; lo qual jamas puede Dios querer: de donde no es maravilla que sus juicios sean tan diversos de los nuestros. Y no le podemos ver en órden á la que falta por labrar, sino envuelto, porque al presente no conocemos nada de lo por venir, siendo tanto: *Vejo todo, y aláballo todo*, escribió prudentemente San Agustin. No te des prissa

á juzgar sobre lo que ahora miras: aguarda á que acabado lo restante de la obra, puedas con una ojeada conocer toda la correspondencia, toda la disposicion, todo el diseño, y todo el repartimiento de tantos hilos, quantos son los que unidos concurren á esta admirabilísima tela, y entónces juzgarás: entretanto donde no llegas á entender, te basta el creer. De tantos rios quantos son los que andan por debaxo de tierra, no sabemos los caminos; y sin embargo sabemos que van al mar. Así de los ocultos juicios de la Providencia no sabemos, es verdad, los pasos; mas sabemos que todos finalmente se terminan en gloria de la Divina Sabiduría, de donde han salido: *Los rios vuelven al lugar de donde salen* (1).

Al fin, pues, de los siglos, quando Dios venga en forma de Juez á desatar el fiudo de esta tan gran tragedia, verémos con claridad aquel urdido y aquel órden, que ahora se nos esconde. Verémos que nuestras culpas le podían traer alabanza al Señor, y no vituperio; pues quanto mas desordenadas eran las maldades, tanto mejor era Dios, que las prohibia; y que quando los hombres eran tan ímpios, que usaban mal de los bienes, su Magestad era tan bueno, que usaba por el contrario bien de los males. Verémos quén momentánea fué aquella perturbacion de las cosas, con que el vicio prevaletió contra la inocencia; despues de la qual se seguirá una calma perpetua, y los culpados, como espigas vacías, que levantadas de su propia vanidad tienen la cabeza sobre las otras, serán arrojados al fuego á vista de los inocentes, que como grano escogido serán colocados en el Cielo. Verémos que las tribulaciones venían todas con ley; y que aunque fuesen mas tempestuosas que un mar ayrado, no pasaban por eso jamás un punto los confines prescritos por Dios á sus olas.

Ve-

(1) *Ecl. 1. 7.*

Verémos, que aunque por estos males se acusaba tal vez la Providencia, no por eso debía desistir de su modo de gobernar, como no debe desistir el músico de tirar la cuerda á su justo tono, por temor de que no sufriendolo se haga pedazos. Estas y otras mil verdades mas estupendas y mas señaladas verémos entónces con mas claridad, si por la impaciencia de aguardar á verlas no llegáremos á hacernos indignos. Fué llevada al Senado de Atenas una causa tan dificultosa de definir, que los Jueces convinieron en darles á las partes esta respuesta: volved por la sentencia de aquí á cien años. Tambien nosotros, quando nuestros pensamientos nos muevan fierá lid sobre los males que Dios permite, y los bienes que distribuye, démosles esta respuesta, que solamente es la prudente: volved, no al cabo de un siglo, mas al cabo de todos los que fixó Dios para el descubrimiento de la verdad, y se os dará cabal razon, y razon tan clara, que no os quedará ni ánimo para cavilar.

Por ahora sépase, que todo el error de los hombres en este punto es no querer distinguir el término del camino. A la Providencia le toca el hacer que en el término, donde se está eternamente, todos los buenos tengan bien, y los malos tengan mal. Mas en el camino no así: en el camino han de ser las mudanzas comunes á todos por esto mismo, porque todos estamos en el camino. Quiere que el camino no se distinga del término, quien quiere que alguno aquí sea siempre bienaventurado, ó alguno siempre miserable.